

V CERTAMEN  
DE  
CUENTOS  
POR LA  
IGUALDAD  
2014



V CERTAMEN  
DE  
CUENTOS  
POR LA  
IGUALDAD  
2014



Edita: **Ayuntamiento de Alcalá la Real**

Dep. Legal: **J 369/2014**

Ilustración, Diseño y Maquetación: **Mamen Sánchez-Cañete García**

[www.muguetos.com](http://www.muguetos.com)

<http://libelunart.blogspot.com>

Impresión: **3 Impresores Sur**

*El copyright de los textos y las ilustraciones pertenece al Ayuntamiento de Alcalá la Real*

Desde hace siglos, los cuentos representan Realidad y Fantasía, Ilusión y Magia, Aprendizajes, Moralejas y Aventuras; pero sobre todo, los cuentos son una forma de transmitir aquello que queremos hacer visible.

Este certamen de cuentos por la igualdad, desde su inicio ha pretendido hacer llegar a “nuestras pequeñas personitas”, y a las mayores, que la Igualdad es un valor necesario para construir una sociedad más justa y equilibrada.

Un año más el Certamen de Cuentos por la Igualdad destaca por la participación y la calidad de las obras que se envían.

Desde el Ayuntamiento de Alcalá la Real, esperamos disfruten de estos cuentos y de las ilustraciones que los acompañan.

**Teresa Hinojosa Afán de Rivera, 2014**

Concejala del Área de Igualdad  
Ayuntamiento de Alcalá la Real.

## Miguel Ángel Carcelén Gandía

(Villalgordo del Júcar, Albacete, 1968)

Compagina su trabajo como funcionario en el Ministerio del Interior con su afición a la literatura.

Es escritor, articulista de prensa y director de la editorial solidaria Publicaciones Acumán.


Cuenta en su haber con más de trescientos reconocimientos literarios, colaboraciones en revistas de creación literaria, y ha publicado una treintena de libros, la mayoría de ellos novelas, aunque también ha experimentado con el cuento infantil y el ensayo.

Como cuentista ha recopilado algunos de sus relatos premiados en el libro *El silbo de la ocarina*, su último libro publicado.

<http://miguelangelcarcelen.blogspot.com>

DEDICATORIA  
Para Ailene, princesa oriental.

# VIOLETA AÑIL


 cuentan los más viejos del lugar que no era del pueblo, que apareció un buen día, después de una tormenta de primavera, como traída por los colores del arco iris, por cuyos rayos, dicen otros, la vieron descender hasta plantarse en la mitad de la plaza, frente al Ayuntamiento. Tal vez por eso la llamaron Violeta, por tener todavía polvo de ese color en las mejillas cuando se presentó ante el secretario para anunciar su intención de aspirar a la plaza de jardinero que había sido convocada. Y el nombre de Violeta, si no era el suyo, debió de gustarle, porque cuando el hombre le preguntó los datos para rellenar la ficha, ella respondió:

- Me llamo Violeta, Violeta Añil.

Violeta Añil, apuntó el escribiente.

- ¿Lugar de nacimiento?

- Horizonte.

¡Qué nombre tan raro para una ciudad!, pensó el secretario antes de escribirlo.

- ¿Profesiones anteriores?

La muchacha se quedó pensando un rato sin saber qué contestar, como pidiendo ayuda con la mirada, hasta que el buen hombre se hizo cargo de la situación y preguntó lo mismo con otras palabras:

- ¿Has trabajado antes en algo? ¿Qué has sido antes?

Y, entonces, ella sí supo qué contestar, y lo hizo con mucho convencimiento:

- ¿Que qué he sido antes? ¡Feliz!, ¡he sido feliz!

El secretario ya no escribió tal respuesta porque no le pareció la adecuada, y dejó en blanco esa línea.

- Tienes que firmar aquí –le mostró un espacio en blanco al final del papel.

Violeta Añil tomó el bolígrafo y dibujó una flor del tamaño de un dedal en cuyo pequeño tallo brotaban dos hojas, una en forma de uve, y la otra en forma de a.





Cuando el alcalde leyó las dos únicas solicitudes para el puesto de jardinero llamó al secretario:

- ¿Qué es esto? Necesitamos un jardinero, no una jardinera. Aquí jamás ha habido una jardinera; es un trabajo que no pueden hacer las mujeres, es demasiado pesado. ¿Por qué has aceptado su petición?, ¿es que quieres que en nuestros jardines no haya suficientes flores porque quien ha de cuidarlas no tiene la fuerza necesaria para cavar la tierra y abonarla?

El secretario miró un cartel que había en la puerta del Ayuntamiento y respondió:

- Usted convocó una plaza de jardinería, no especificaba si para hombre o mujer, así que Violeta Añil está en su derecho de pedirla.

- ¿Violeta Añil? La verdad es que el nombre no puede ser más indicado para cuidar flores, pero mira esto, aquí pone que no tiene experiencia, mientras que Antón Nisón, el otro candidato, lleva años talando pinos en el monte.





Él tiene mucha fuerza y ya ha trabajado con árboles.

El secretario se encogió de hombros, por eso el alcalde sentenció:

- Creo que nos quedaremos con Antón Nisón para el puesto de jardinero municipal. Está más capacitado.

- Lo que usted diga, que para eso es el alcalde, ahora bien, que esté más capacitado es algo que nunca sabremos –dijo como sin querer el escribiente, que sabía que al alcalde no se le podía llevar la contraria, pero, al mismo tiempo, sentía mucha pena por tener que comunicarle a la muchacha que no había sido elegida para el puesto, viniendo de tan lejos como venía, nada más y nada menos que desde Horizonte.

- ¿Estás insinuando que mi decisión no es la acertada? –se molestó el alcalde.

- Sólo digo que no sabemos quién de los dos lo haría mejor –se explicó.

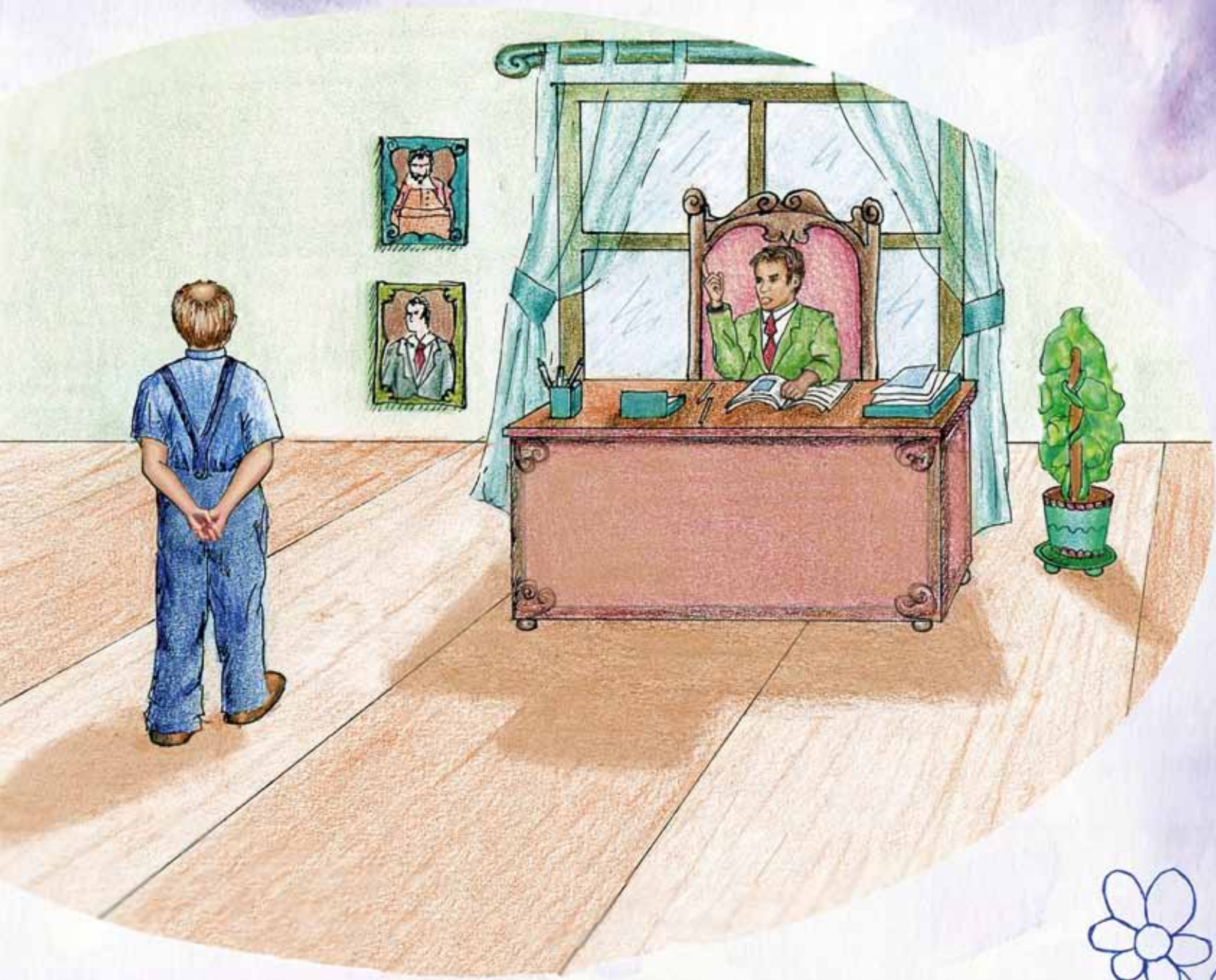
El alcalde se carcajeó de lo lindo. Cuando consiguió parar de reírse aceptó el desafío del secretario:

- De acuerdo. Les haremos una prueba. Contrataremos a los dos durante unos meses, y a cada uno le encargaremos que cuide un jardín diferente. Antón se ocupará del jardín de la plaza, y la muchacha del que hay en el camino del cementerio. Al final decidiremos quién lo ha hecho mejor. ¿Te parece bien?

El secretario iba a protestar, porque en la plaza había fuentes, y varias estatuas muy bonitas de reyes y emperadores, y un pequeño estanque con patos, mientras que en el jardín del cementerio sólo había cipreses tristes, cipreses y más cipreses. Con poco que se esforzara Antón, ya tenía el trabajo hecho; en cambio, la muchacha tendría que trabajar muchísimo para poder competir en igualdad de condiciones. Sin embargo, el escribiente había conseguido que le dieran una oportunidad a Violeta, y eso era muchísimo más que nada, así que se apresuró a transmitirle la noticia.

Según le iba contando las condiciones, él mismo se daba cuenta de que aquella especie de competición sería muy difícil ganarla, y cuando Violeta Añil viera un parque y otro, repararía en que tenía todas las de perder. Para su sorpresa, Violeta no sólo no se desanimó al comparar ambos parques, sino que mostró un entusiasmo exagerado, diciendo que en el parque del cementerio, el que le había tocado, había muchísimas más cosas por hacer, que era un lugar lleno de posibilidades, y se puso manos a la obra enseguida.







Estaba feliz, porque su costumbre era estarlo, y en eso había trabajado toda su vida, como le había contestado al secretario al rellenarla solicitud.

Éste se despidió de Violeta diciendo que, si le servía de consuelo, él había apostado por ella. Pero la muchacha no lo oyó, tan apasionada como estaba proyectando lo que haría en aquel rincón del parque, en aquella otra montañita, en ese hueco que estaba reclamando una fuente... No lo oyó y no necesitaba ningún consuelo.

¡Manos a la obra!

En el pueblo pronto se supo de la decisión del alcalde y, quien más, quien menos, eligió a su favorito. Podría decir que muchos se pusieron de parte de Violeta, pero mentiría, y, aunque esto sea un cuento, mentir no está bien; podría decir que algunos pensaron que Violeta les daría una lección al alcalde y a Antón Nisón, pero no estaría diciendo la verdad y, aunque esto sea un cuento, hay que decir siempre la verdad. Podría decir que sólo el secretario apostó por Violeta, y no engañaría a nadie.

La gente veía pasar a Antón Nisón, con esas espaldas anchas que tenía y esos brazos como troncos, cargado de sacos de abono para las plantas y los árboles de su parque, y se convencía de que la muchacha no tenía nada que hacer. Antón sacaba cubos y cubos de las fuentes tan próximas que había y regaba a todas horas. En el otro extremo del pueblo, Violeta, con una sola regadera, intentaba apaciguar la sed de las flores que acababa de plantar. Era una competición desigual. O eso parecía, porque, si tan desigual era, ¿a cuento de qué se encontraba Violeta tan feliz?

Antón sudaba de tanto trabajo: cortaba las ramas de los árboles que le parecían feas y las metía en sacos que llenaba con las hojas secas que habían quedado durante el invierno, y las llevaba lejos, al campo. Volvía y regaba, y plantaba hiedra, que sabía que crecía con mucha rapidez, porque así tendría más verde en su parque al final del plazo impuesto. Y regaba. Y cortaba el césped, y volvía a regar. Y traía más abono, y volvía a regar.

¡Cuánto trabajo!

Violeta Añil también recogía las hojas muertas en el suelo, pero, en lugar de tirarlas lejos para que no afeasen el parque, las utilizaba como abono de las nuevas semillas que había plantado, un montoncito para cada nueva planta, no un saco.



Y plantó rosales, y adelfas, y campanillas, y setos de hortensias, a las que les iría muy bien la sombra majestuosa que proyectaban los cipreses. Y en cada ciprés colocó un nido hecho con la mitad de una cáscara de naranja seca rellena de algodón o de paja, porque sabía que eso atraería a los pájaros más pequeños, que eran los que mejor cantaban, y aquel lugar necesitaba algo de animación.

Con su regadera se paseaba tranquilamente de hoyo en hoyo, y lo humedecía muy poquito. Era abril, y en abril, aguas mil. Ya vendrían las lluvias y se encargarían de hacer su trabajo. En su parque no había posibilidad de plantar césped porque se necesitaría muchísima agua durante todo el año, de manera que prefirió plantar algo que no precisase casi cuidados y que diera colorido, además de ser provechoso. Plantó girasoles, muchos girasoles, y en una explanada cercana decidió hacer un pequeño huerto, porque para eso no hacía falta tener mucha fuerza, y el agujero en el que pensó que se podía construir una fuente, al ver que era imposible, caviló que podría dedicarlo a fabricar abono mediante el compostaje, que era ir echando allí los desperdicios orgánicos y removerlos de vez en cuando hasta que se pudriesen. Si hubiera sido más fuerte podría haber retirado unas rocas que le impedían continuar un seto de buganvillas, y si hubiera sido más alta podría haber podado algunas ramas sobrantes.

El tiempo pasaba y el parque de la plaza se llenaba del verdor de la hiedra y del colorido de algunas flores que ya brotaban. El parque del cementerio, sin embargo, continuaba mortecino, porque lo que había plantado Violeta Añil crecía muy despacio.

Antón continuaba regando y abonando. Violeta, hecho ya todo el trabajo pesado, se pasaba las mañanas de planta en planta hablándoles, limpiando con delicadeza el polvo de las hojas que brotaban, removiendo la basura del hoyo del compostaje, y atendiendo a las niñas y a los niños que le llevaban cosas para echar en el hoyo que se estaba convirtiendo en una atracción.

La gente se reía de ella pensando que, si no paraba de echar basura allí, acabaría oliendo a mil demonios, pero ella, sin importarle lo que dijeran, animaba a todos para que le llevaran cáscaras de plátano, peladuras de patatas y de manzanas, corteza de melones y de sandía, ramas secas de cipreses, flores marchitas, insectos muertos... La chiquillería se tomaba aquello como un juego, y arrojaban al agujero aquellos desperdicios como quien arroja una moneda a una fuente, casi pidiendo un deseo.





Violeta les prometió que, en pago a su colaboración, a cada nueva planta que fuera brotando, le iría poniendo el nombre de cada uno de ellos, y a tal fin, colocó un cartelito de madera junto a cada semillero.

Tras de días vinieron días y, casi sin sentirlo, ambos parques sufrieron una transformación. Era hora de evaluar el resultado del trabajo de ambos competidores. El alcalde, que tenía muchas cosas importantes que hacer, porque para eso era alcalde, no quería molestarse en ir a ver los parques, así que le dijo al secretario que podía darle el puesto definitivo de jardinero a Antón.

- ¿Cómo? –protestó el escribiente-, ¿es que considera que lo ha hecho mejor que la muchacha?

- Por supuesto; la última vez que pasé por el parque del cementerio seguía tan triste como de costumbre.

- De todas formas será mejor que me acompañe para hacer oficial el nombramiento de Antón Nisón.

A regañadientes aceptó el alcalde. Y se pusieron en camino. Al parque de la plaza llegaron pronto.

Y la sorpresa del alcalde fue mayúscula.

¡No había nadie!

El lugar donde siempre jugueteaban niñas y niños y donde los mayores se reunían a hablar de sus cosas, ahora estaba vacío. Y no sólo eso, sino que además no se veía color distinto del verde, había hiedra por todos lados, pero ni una sola flor, y el suelo era un barrizal por el que no se podía pasar. Eso sí, los patos estaban locos de contentos, porque les encantaba el barro. Lo malo era que no se podía adivinar de qué color era cada uno, ya que todos estaban cubiertos de lodo. Para colmo de males, aquello apestaba. Tuvieron que taparse la nariz porque el olor era insoportable, el tufo a caca de vaca no se podía aguantar.

- Pero..., pero..., pero..., esto ¿qué es?, ¿qué ha pasado aquí?, ¿qué ha hecho Antón?

- balbuceaba el alcalde, no dando crédito a lo que veían sus ojos, y teniendo que salir corriendo porque una nube de avispas revoloteaba a su alrededor, amenazando con picarle.

Antón Nisón había utilizado la fuerza, pero no la cabeza. Había regado tanto que, cuando llegaron las lluvias de abril, el suelo estaba tan saturado de agua que se encharcó, y se pudrieron todas las semillas, con lo cual no brotó ninguna planta, excepto la hiedra, que crecía muy deprisa, pero no tenía color y además atraía a las avispas. El estanque se había desbordado y había convertido el suelo en un lodazal, haciendo flotar todo el abono, que ahora olía fatal.

Por eso la gente dejó de ir allí, no quería ensuciarse los pies, ni escurrirse, ni que le picaran las avispas, ni tener que taparse la nariz.

Por si fuera poco, el alcalde se dio cuenta de que las estatuas que tanto embellecían el parque habían desaparecido.

- ¿Quién las ha robado?, ¿cómo ha permitido Antón que se las lleven?

El secretario contuvo una risita:

- Nadie se las ha llevado, lo que ocurre es que la hiedra las ha tapado y no se ven.

- ¡Qué desastre! Nos hemos quedado sin parques, esto es una catástrofe –se lamentó don Alfredo, porque al alcalde, como era tan importante, siempre se le llamaba con un don delante.

- No tan deprisa, señor alcalde. Todavía tenemos el del cementerio.

- ¿El parque del cementerio? Si Antón no ha podido hacer nada por este parque, ya me imagino en qué estado se encontrará el otro. De todas formas el secretario lo convenció para que lo acompañara.

Ya desde lejos observaron algo extraño. En un lugar en el que casi nunca había nadie, ahora se adivinaba una muchedumbre. Las figuras más pequeñas correteaban de un lado a otro, y las mayores formaban grupos aquí, allá y acullá.

- Pero..., pero..., pero... esto ¿qué es?, ¿qué ha pasado aquí? –se maravilló don Alfredo.

Donde antes sólo había tristes cipreses, ahora se veía muchísimo colorido, setos de hortensiasbanquiazuladas, rosales espigados, campanillas verdimoradas, violetas de distintos tamaños, y girasoles, muchos girasoles persiguiendo con el giro de sus tallos la luz del cielo. El aroma que se percibía a distancia resultaba embriagador, y no sólo no había que huir de las avispas, sino que en su lugar, mariposas multicolores y mariquitas adornaban el cielo con sus bailes prodigiosos al desplazarse de flor en flor chupando el néctar.





¿Y qué decir del sonido?

De las ramas de los cipreses brotaban melodías inconfundibles de jilgueros y ruiseñores que habían anidado en las cáscaras de naranjas.

Una madre enseñaba a su marido el nombre de su hija en el cartel que había delante de una buganvilla; un padre mostraba a su esposa el nombre del hijo mayor en el rótulo que vigilaba unos geranios, y unos enseñaban a otros lo bien que olía el compost que se había formado gracias a la colaboración de toda la chiquillería. ¿Cómo podía tener ese aroma tan agradable algo hecho con restos inservibles?, se preguntaban.

Muy cerca, los mayores, discutían en el pequeño huerto sobre si era mejor regar poco o mucho las tomatas, o si la variedad de pimientos que estaba a punto de brotar era de pico o italiana, y así pasaban el tiempo, aguardando a que se quedara libre el terreno que Violeta Añil había allanado y delimitado con piedras no muy grandes para jugar a la petanca.

¡Menuda transformación! Al alcalde no le salían las palabras de la boca y el secretario no cabía en sí de contento. La extrañeza de don Alfredo fue mayor al ver que el mismísimo Antón Nisón era uno de los que admiraban los hermosos calabacines que ya habían crecido en el huerto.

- ¿Qué me dice? –quiso saber el secretario.

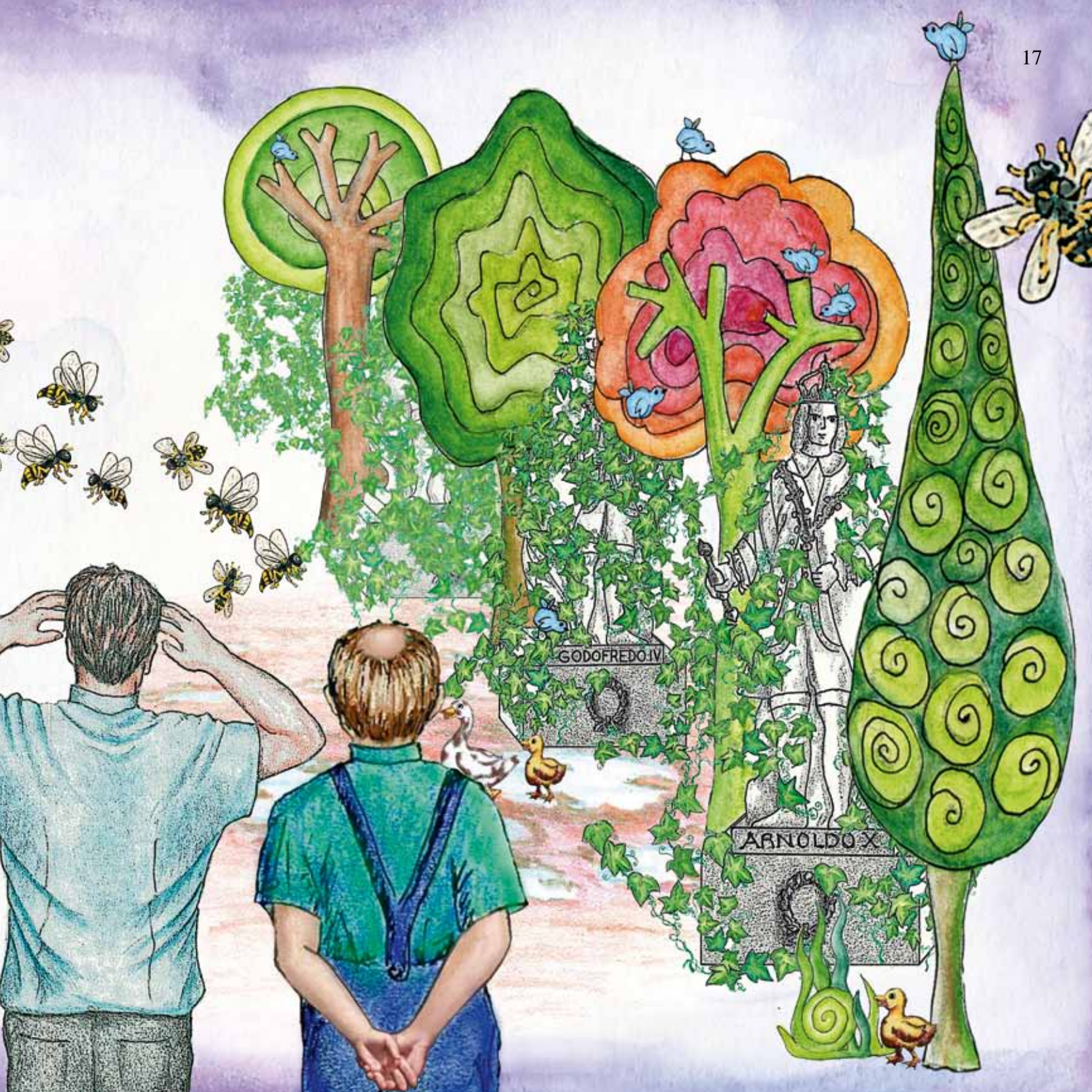
- Pues que el puesto de jardinera es para Violeta Añil, sin duda.

Dicen algunos que la muchacha había utilizado un truco para dar tanto color al parque del cementerio, y es que, después de cada tormenta, cuando salía el sol y a continuación el arco iris, ella corría hasta la línea del horizonte para saltar y encaramarse en el arco, sacudiéndolo un poco, de manera que el polvo de los siete colores se rociaba sobre su parque.

Eso decían algunos, pero nadie lo aseguraba a ciencia cierta.

El alcalde y el secretario reunieron a la muchacha y a Antón para comunicarles su veredicto.





Casi ni hicieron falta las palabras, porque Antón ya sabía que lo que había conseguido Violeta Añil era casi mágico mientras que él había estropeado su parque. Sin embargo, todavía no se habían acabado las sorpresas esa mañana, ya que Violeta dijo que no estaba contenta del todo con lo que había hecho, puesto que si hubiera tenido la fuerza de Antón habría podido podar las ramas feas de los cipreses y podría haber retirado unas rocas que estorbaban, así como construir una fuente, e incluso unos bancos de madera o de piedra para que la gente pudiera descansar, y colocar unas papeleras, y allanar más terreno para que hubiera más espacio en el que jugar a la petanca, y...

¡muchas más cosas!

- A Antón le ha faltado mi delicadeza con las plantas, mi previsión, y mi creatividad, pero a mí me ha faltado la fuerza y la capacidad de trabajo de Antón. De haber colaborado ambos, ahora los dos parques estarían preciosos –dijo Violeta Añil.

- ¿Entonces? –quiso saber don Alfredo.

- Propongo que durante un tiempo Antón y yo nos hagamos cargo de ambos parques, trabajando juntos de igual a igual, aprovechando lo que cada uno sabe hacer. Así todos saldremos ganando.

La idea era magnífica. Todavía no era tarde para recuperar el parque de la plaza. De ese modo la gente del pueblo tendría no uno, sino dos lugares extraordinarios donde ir a disfrutar.

- ¡Acepto! –se apresuró a decir don Alfredo.

De nuevo manos a la obra, y en poco tiempo, aunando esfuerzos, tanto el parque de la plaza como el del cementerio mejoraron muchísimo y comenzaron a ser igual de frecuentados por los vecinos.

No fue necesario terminar eligiendo a un solo jardinero, debido a que, un buen día (o mal día, según se mire), después de una tormenta de verano, Violeta Añil desapareció del pueblo.

Unos dicen que la vieron caminando en dirección hacia el horizonte hasta que logró alcanzarlo; otros cuentan que la vieron subir al color morado del arco iris que salió junto al sol al acabar el aguacero y subir, subir, subir hasta perderse entre las nubes.

El secretario, sin embargo, pensó que sentiría nostalgia de su casa y se habría ido a ver a su familia, puesto que ella necesitaba ser siempre feliz, y en el pueblo lo había sido, haciendo felices, además, a todos los vecinos.

Lo cierto es que todos los girasoles del parque del cementerio –del que los vecinos ya comían algunas pipas-, ese día, en lugar de mirar hacia el sol, miraron todos, sin excepción, hacia el arco iris, algo insólito.

Antón Nisón se quedó con el puesto de jardinero, habiendo aprendido muchísimo de Violeta, y sabiendo que, no por tener más fuerza que ella era mejor, pero que, no por tener menos sensibilidad era peor.

Y esto que tan claro le quedó al nuevo jardinero, se fue transmitiendo a todos los demás. Y por eso, en un pueblo en el que nunca ninguna mujer había sido policía, comenzaron a trabajar dirigiendo el tráfico algunas mujeres; y en un pueblo en el que jamás antes ninguna mujer había sido juez, ahora era una jueza la que hacía cumplir las leyes.

Por el contrario, el trabajo de enfermera, que siempre había estado ocupado por mujeres, comenzó a ser desempeñado también por hombres; y ya no se hablaba sólo de señoras de la limpieza, sino que fue habitual escuchar hablar de señores de la limpieza, y no sólo de barrenderos, sino también de barrenderas. El día que la hija del secretario empezó a trabajar como doctora, el hijo del alcalde ocupó su puesto como encargado de los niños de la guardería.

Con el paso del tiempo los vecinos se fueron dando cuenta de que aquella muchacha que había estado durante unos meses con ellos, Violeta Añil, no sólo había ido a transformar un parque triste en un lugar maravilloso y colorido, sino que eso había sido sólo una excusa para mostrarles que cada uno tiene sus propias habilidades y que, por eso, nadie es más ni menos que nadie, que las mujeres son tan importantes como los hombres y los hombres tan importantes como las mujeres.

Que esa lección tan fundamental fue calando poco a poco entre todos lo probó que un buen día (éste sí que fue un buen día) don Alfredo, que había sido alcalde durante décadas, se jubiló y fue elegida doña Andrea como alcaldesa. Y lo primero que ordenó fue que se le hiciera una estatua bien bonita a Violeta Añil y se colocara en el parque del cementerio.

En el pedestal se grabó su firma, una flor del tamaño de un dedal en cuyo tallo brotaban dos hojas, una en forma de a, y la otra en forma de uve.

Y dicen (no sé si será verdad, pero eso dicen), que algunas veces, cuando a alguien se le olvida que todos somos igual de importantes, niños y niñas, chicos y chicas, hombres y mujeres, después de una tormenta con arco iris incluido, al tocarse la cara, se la encuentra manchada de polvo violeta.

Dicen que es un recordatorio que envía, de vez en cuando, Violeta Añil.  
Dicen que es verdad.

Y yo me lo creo.





Violeta  
Abril  
2014

## **Cristina Alba Moyano**

(Alcalá la Real, Jaén, 1985)

Está dedicada al mundo del espectáculo desde 2005.

Estudió en el Politécnico Jesús Marín el módulo de grado superior de Imagen, pudiendo complementar sus estudios trabajando para LinzeTV en la serie Arrayán. Años más tarde, amplió sus conocimientos terminando el FP Grado Superior de Técnico en Realización de Audiovisuales y Espectáculos con el mejor expediente académico.

Ha trabajado como técnico de iluminación en diversas giras, festivales y congresos coincidiendo con grandes artistas.

Tanto en el cine, en la radio y en cortometrajes (uno de ellos nominado a los Goya [www.reconciliacion.es](http://www.reconciliacion.es)) siempre ha estado tras las cámaras. Actualmente forma parte la compañía de teatro La Canela.

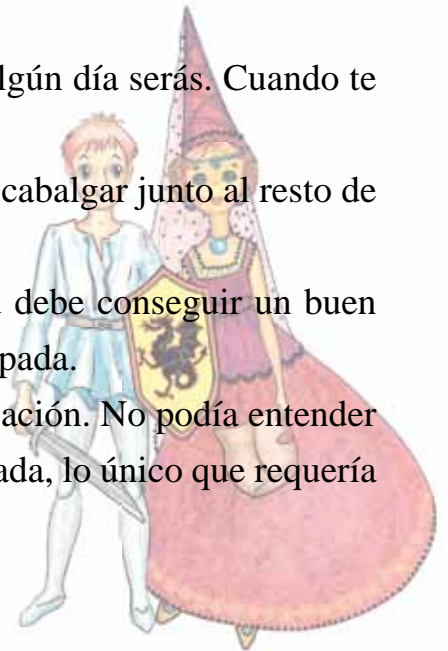


# ¿Puedes matar a un dragón?

**A**ún recuerdo la última vez que vi a mi hermana melliza. Se llamaba Irene. Tenía el pelo largo y liso del mismo color rojizo que el mío. Acababa de terminar su clase de caligrafía y la estaban esperando para vestirla adecuadamente, ya que el Conde de Llaves quería conocer a su futura esposa. Ella se dirigió al patio de armas, donde mi padre observaba mis progresos en esgrima mientras yo practicaba contra el pelele de paja. Irene intentaba convencer a nuestro padre de que no la obligara a casarse con el Conde, ya que ella quería alzarse como caballero de la Guardia del Este -como yo-, pero mi padre se negó en rotundo y mantuvieron una discusión muy acalorada:

- ¿Por qué no puedo aprender a manejar la espada como hace Rodrigo?
- No. Las mujeres no están hechas para blandir espadas.
- ¿Por qué? Tengo dos brazos igual que él, dos ojos igual que él, dos piernas igual que él...¡Soy capaz de hacerlo igual de bien que Rodrigo!
- ¡Niña insolente! Debes comportarte como la gran señora que algún día serás. Cuando te cases con el Conde...
- ¡No! Quiero defender a nuestro pueblo como Rodrigo. ¡Quiero cabalgar junto al resto de caballeros y poner fin a la guerra contra los dragones!
- ¡¡Nunca!! Mi hija jamás irá a la guerra. Una señorita como tú debe conseguir un buen marido y tener varones, no intentar comprender de política o espada.

Dejé de golpear al muñeco y me acerqué para escuchar la conversación. No podía entender que mi padre no la dejase practicar conmigo. Sin duda, el arte de la espada, lo único que requería era esfuerzo y concentración, así que le dije al maestro de armas:



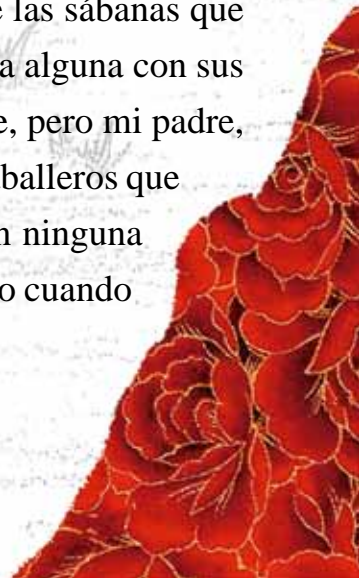


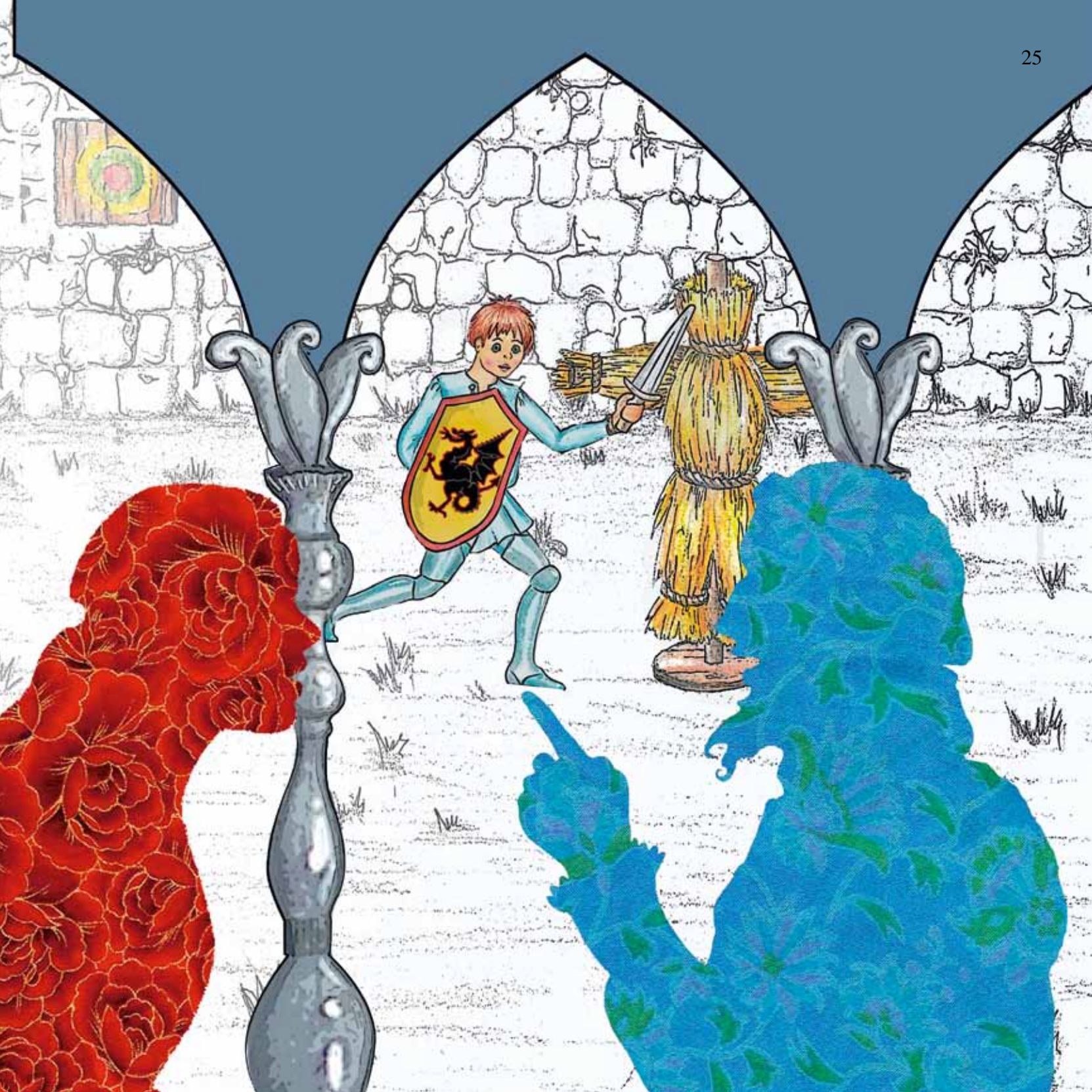
- Si recibiera las mismas clases que yo, sin duda alguna mi hermana lo haría igual de bien. ¡Dejad que baje aquí y lo pueda demostrar, maestro!
- Jamás enseñaré el arte de la espada a una mujer –Dijo el maestro de armas, quien le grito a mi hermana–. Las mujeres no servís para eso.

Irene le contestó:

- Claro que podría, al igual que mi hermano Rodrigo podría aprender a escribir con buena caligrafía si así se lo propusiera. Se trata simplemente de conocimientos, maestro. Padre, dejadme demostrarlo.
- Hija mía testaruda. Para manejar la espada hace falta algo más que clases...
- ¿El qué, padre?
- Ser un hombre.
- Pero padre... yo...
- No hay nada más que hablar ¡¡Fuera de mi vista!!

Y así lo hizo. Mi querida hermana recogió unas pocas ropas en un pequeño hatillo, las más sencillas que tenía; se deslizó por la ventana de su habitación con ayuda de las sábanas que había anudado y aprovechando la oscuridad de la noche se marchó sin dejar nota alguna con sus intenciones o pensamientos. Nadie la vio. Nadie la oyó y nadie sabe a dónde fue, pero mi padre, Sir Arturo Cromuel el Guardián del Este, envió día sí y día también a todos los caballeros que no estaban en el frente para encontrarla. Recorrieron el reino entero sin dar con ninguna señal de Irene. Fueron de norte a sur y del oeste hasta el este más permitido, pero cuando regresaron al Castillo del Guardián, todos traían la misma noticia:





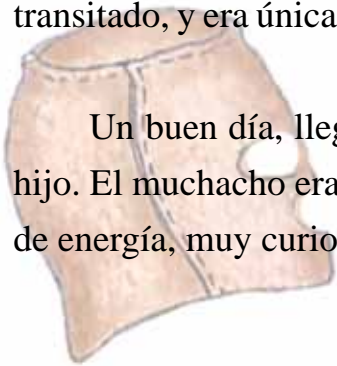
- No hay rastro de nuestra señora Irene, mi señor.
- ¡Pues mañana tendréis que ir más lejos!
- Sí, mi señor, pero los dragones avanzan...
- Lo sé, espero órdenes del rey al respecto, pero... sólo espero que esté bien... mi cabezota hija...

Mi padre no podía entender por qué desapareció Irene. Se negó a abandonar la búsqueda de su hija pero, poco a poco, iba mandando a menos caballeros con órdenes de encontrar a mi hermana o algún rastro de ella...

Pasaron tres meses desde la desaparición de Irene, y mi señor padre marchó a la guerra, pues recibió órdenes del rey: Matar al primer lugarteniente de los dragones. Si llevaba a cabo esa misión, el líder del ejército dragón Thorum, que aguardaba a pocas millas al este de nuestro castillo, tendría que tocar retirada para reagruparse y trazar otra estrategia para conquistarnos y así nosotros ganaríamos tiempo. Si mi padre salía victorioso, los combatiríamos con más fuerza.

Sin mi hermana en palacio, deambular por el castillo en buscar pasadizos secretos era muy aburrido. Ella siempre inventaba historias conforme íbamos avanzando por un pasillo poco transitado, y era única en hacer que el gato del cocinero pareciese un dragón. La echaba de menos.

Un buen día, llegó a nuestro castillo un nuevo herrero buscando trabajo con su mujer y su hijo. El muchacho era más o menos de mi edad, un chico un tanto extraño, algo bajito pero lleno de energía, muy curioso, con una risa contagiosa.



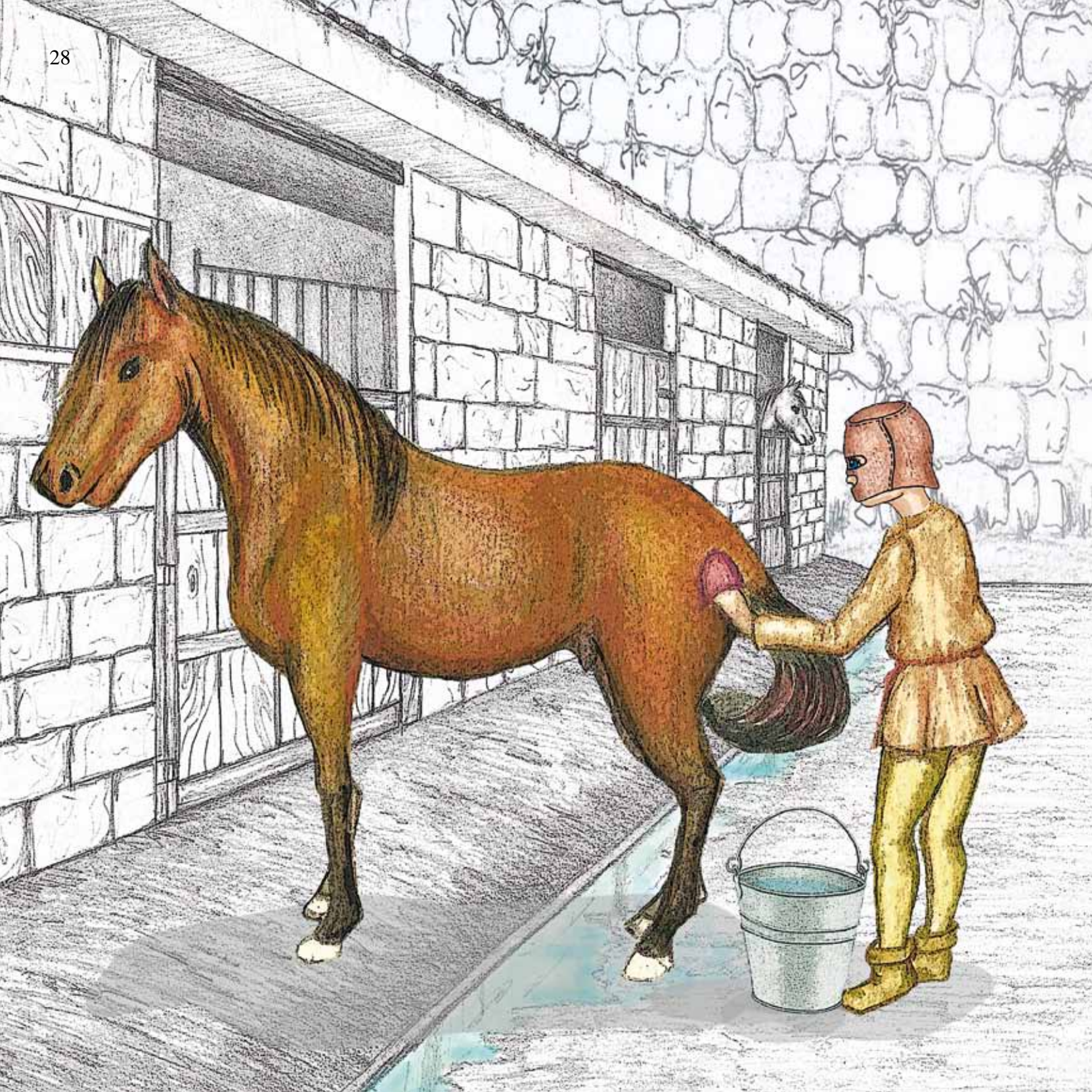
Chico, que así le llamaban sus padres, pronto se hizo cargo de la cuadra y caballerizas del castillo de mi padre. Cuidaba de las bestias desde el amanecer hasta la puesta de sol y siempre llevaba una máscara de cuero que le cubría toda la cabeza, salvo por unos orificios para poder ver y respirar. Él decía que, de pequeño, a su madre se le cayó aceite hirviendo en su cara y cuando vio el desfigurado rostro de su hijo, lo llevó a curanderos, hechiceros y brujas para que le ayudaran. Todos se negaron a hacer nada por Chico y a su madre, desesperada, tan sólo se le ocurrió hacerle una máscara para poder ocultar su horrible desfiguración, y fueron enseñándole el oficio de ganadero, para que pudiera ganarse la vida honestamente.

A mí me gustaba imaginar que el origen de la máscara de Chico tenía que ver con alguna historia muy heroica en la que él y su familia habían sobrevivido milagrosamente a la amenaza de un burro rabioso, al ataque de un trol, de un oso o habían huido en el momento justo del fuego de un dragón. Él se reía de mis descabelladas ideas, con esa risa tan familiar.

- Aceite, señor Rodrigo, simplemente aceite –solía decir.
- ¿Me enseñarás algún día tu rostro?
- Claro, pero sólo cuando estés preparado, mi señor...
- Y... ¿Cuándo estaré preparado?
- Jajaja, ¿qué te parece cuando acabemos con Thorum?
- Jajaja... Trato hecho, querido amigo.

Éramos inseparables. Si no le estaba ayudando en las caballerizas, nos escapábamos al bosque donde jugábamos con espadas de madera, cazábamos gazapos, escalábamos a los árboles o pescábamos en el río.





Nos gustaba tumbarnos panza arriba sobre la hierba suave del lecho del río mirando las formas de las nubes, Chico me contaba historias improvisadas sobre historias de caballeros, dragones y damas en apuros; y de cómo siempre, en el último segundo, fuese como fuese de complicada la situación en la que estuvieran, aparecía una guerrera pelirroja y rescataba ella sola al caballero, a los ayudantes del caballero, a los pajes de los ayudantes del caballero, a la dama en apuros y a veces hasta al dragón. A mí me gustaba escuchar las historias de la misteriosa guerrera. Chico jamás le puso nombre, pero yo sabía que Irene sería un buen nombre para ella.

Cuando tenía mis clases de esgrima, Chico siempre me animaba desde las cuadras. A él le gustaba mirar cómo practicaba, así que siempre insistía en que las diera cerca de las cuadras, donde él analizaba cada uno de los movimientos básicos de piernas que el Maestro de Armas se esforzaba por enseñarme, y parecía que los memorizaba. No perdía detalle alguno de la lección: posiciones, guardas, ataques básicos con espada corta y escudo, movimientos de desarme con la espada de mano y media, movimientos defensivos con la alabarda, desplazamientos rápidos, contraataques... Dibujaba todo en un pequeño cuaderno y cuando había terminado de cuidar a las bestias, practicaba esos movimientos en la cuadra con la horca a modo de espada, al lado de las cabras y las ovejas dormidas.

Un día, mientras estábamos intentando sacar a un pequeño conejo de su madriguera, me enseñó su cuaderno y me mostró, palo en mano, todo lo que había aprendido simplemente mirando y dibujando. Me impresionó todo lo que sabía con tan sólo escuchar al maestro de armas darme instrucciones y me preguntó si estaba dibujando y memorizando todo bien. Pasé toda la tarde admirando el Tratado de Chico. En cada una de las páginas había dibujado a todo color y descrito perfectamente detallado cada golpe, cada movimiento, cada ataque, cada una de las posturas defensivas y cada quiebro.

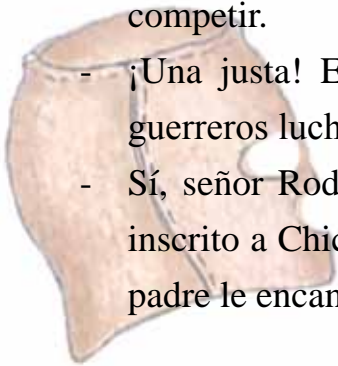
Como no podía ser de otra manera, el guerrero que siempre dibujaba era la misteriosa guerrera de sus cuentos. Entusiasmado me preguntó:

- Señor Rodrigo, ¿algún día podría acompañarlo en una de sus clases de esgrima? De donde vengo jamás he tenido la oportunidad de aprender y verle luchar así...
- Claro, Chico.

Después de convencer al maestro, Chico se unió a las clases de esgrima. Realmente tenía talento para la espada. Si no fuese imposible, hubiese pensado que Chico había recibido clases antes. Sus pies parecían volar cuando practicábamos los movimientos de piernas básicos sin espada. Era ágil, fuerte, aprendía rápido y, poco a poco, iba mejorando en puntería con el arco.

A mí me encantaba tener a Chico de compañero. En nuestras escapadas al bosque practicábamos con palos lo aprendido en clase y, por la noche, cuando todos dormían, íbamos a la cuadra, donde tenía su pequeño cuaderno de dibujos escondido, y memorizábamos cada una de las lecciones del maestro de armas que tenía dibujada. Una mañana, al terminar de entrenar con el maestro de armas nos dijo:

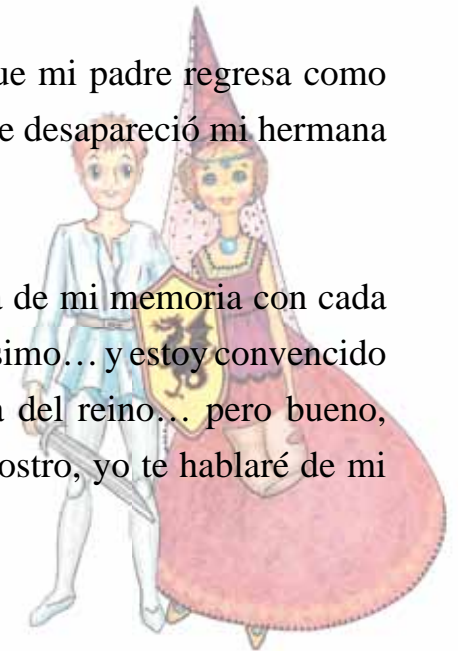
- Señor Rodrigo, me complace anunciarle que su padre regresará en tres días a casa.
- Ha cumplido con éxito su misión. Las tropas de los dragones se retiran y como bienvenida se organizará una justa en su honor. Grandes caballeros llegarán de todo el reino para competir.
- ¡Una justa! Es fantástico, maestro. Podré observar a los más grandes y honorables guerreros luchar y... ¡por fin voy a ver a mi padre!
- Sí, señor Rodrigo y tendrá la oportunidad de verlos muy de cerca, puesto que les he inscrito a Chico y a usted para que exhiban todo lo aprendido durante este tiempo. A su padre le encantará.



- ¿Exhibición de lucha? ¡¡Eso es genial!! –Dijo Chico saltando de alegría por todo el patio de armas.

Durante esos dos días previos a la llegada de mi padre, la ciudad amurallada se vistió de gala. Grandes pendones, banderas y ristras de banderolas con los colores de la familia real y de la familia Cromuel decoraban cada rincón. Bardos con grandes historias del frente llegaron para cantarles las buenas nuevas a los ciudadanos. Todo el mundo en la pequeña ciudad preparaba cuidadosamente lo necesario para festejar el triunfo de su señor. Chico parecía el más entusiasmado de todos:

- ¡Voy a participar en la Justa! ¡Mañana será un gran día, mi señor! –Me dijo mientras bloqueaba mi golpe con su escudo y rápidamente iniciaba el contraataque aprovechando mi despiste.
- ¡Ja, ja, ja!, parece que tienes mucho interés en impresionar a todos, Chico –Su golpe iba directo a mi cabeza, pero lo desvié en un acto reflejo.
- Hoy está muy despistado, señor Rodrigo, ¿le pasa algo? –Soltó las armas en el suelo viendo mi desconcentración y se sentó en el suelo.
- Mañana será un día muy grande, Chico. Estoy nervioso porque mi padre regresa como un héroe, por la exhibición y... porque mañana hará un año que desapareció mi hermana Irene.
- ¿Su hermana Irene? Nunca me habló de ella, mi señor.
- No hablo de ella porque temo que si lo hago, ella desaparezca de mi memoria con cada palabra que le dedique. La echo mucho de menos, Chico, muchísimo... y estoy convencido de que si mi padre hubiese accedido, sería la mejor guerrera del reino... pero bueno, hagamos un trato, Chico: Cuando me muestres tu verdadero rostro, yo te hablaré de mi hermana.





- Que así sea, mi señor. –Mientras se levantaba se apoyó en mi hombro–Cuando hayamos destruido a Thorum. –mientras se marchaba, me pareció escuchar un leve ‘hermano’ al final de la frase. Imaginaciones mías, supuse...

La noche anterior a la llegada de mi padre y a la gran justa, tuve la peor pesadilla que recuerdo: Al cerrar los ojos veía el imponente campo preparado para la justa con los pendones de colores, pero en un abrir y cerrar de ojos estaba todo calcinado. En el cielo rojo sobrevolaba una inmensa sombra alada que escupía fuego y, posándose en el suelo, devastaba todo a su paso con su aliento infernal. Un misterioso guerrero con una máscara de cuero en la cabeza, y armado con lanzas, se dirigía a toda velocidad hacia la colosal sombra negra para darle muerte. En un instante su máscara cayó y dejó ver el pelo largo, rojo y liso. Mi hermana Irene se dirigía hacia el dragón y éste la esperaba con la boca abierta. Si no frenaba tiempo, el dragón se la comería. Ella se preparaba para arrojar la lanza, pero no frenaba. “Frena, Irene. Estás demasiado cerca. ¡¡¡FRENA!!!”. Me desperté gritando y empapado en sudor. No podía olvidar la imagen de mi hermana entrando en la boca del dragón.

Cuando llegué a la herrería, Chico estaba esperándome. Llevaba una armadura muy vieja y llena de restregones de haberle quitado el polvo, pero a él parecía darle igual. Sus ojos parecían salir a través de la máscara, así supe que su sonrisa era inmensa.

- Vamos, mi señor Rodrigo. Mi padre ha terminado de ajustar su armadura. Le ayudaré a ponérsela.

Ya equipados, nos dirigimos hacia el campo de justas. Estaba hermoso, impecable, con todas esas banderas ondeando al viento y ningún habitante de la ciudad quiso perderse la fiesta.



Era todo demasiado parecido a mi sueño. Chico y yo entramos en el campo y nos pusimos en la fila enfrente del palco real junto a los demás guerreros para saludar al rey y a mi padre. Sonaron las trompetas de plata y todos los asistentes se pusieron en pie. Allí estaba mi padre, con la cabeza del dragón en las manos y ofreciéndosela a su pueblo. Los presentes aplaudieron enérgicamente al Guardián del Este, una ovación que parecía que duraba horas.

Me pareció escuchar un rugido, pero era muy complicado saber si eran imaginaciones mías. Los aplausos cesaron y un griterío ocupó su lugar. El cielo, antes de azul claro perfecto, se volvió rojo y una sombra, esa sombra negra, empezó a escupir fuego por todas partes. Chico me cogió el brazo y nos preparamos para luchar. En el palco real, mi padre daba instrucciones a los caballeros y al Maestro de Armas, pero lo único que consiguieron fue que Thorum, sediento de venganza, se enfadase aun más. Se posó en el suelo y destruyó todo el graderío con un simple toque de su pata. Todos los valientes guerreros huyeron despavoridos y el dragón siguió abrasando todo.

Era un caos. El campo de justas se había convertido en un paraje desolado, lleno de fuego y humo, y Thorum admiraba su obra desde el cielo. De pronto, abriéndose paso por el humo y los escombros calcinados, apareció Chico a lomos de uno de los caballos de guerra. ¿Cómo lo había hecho? Creía que estaba a mi lado.



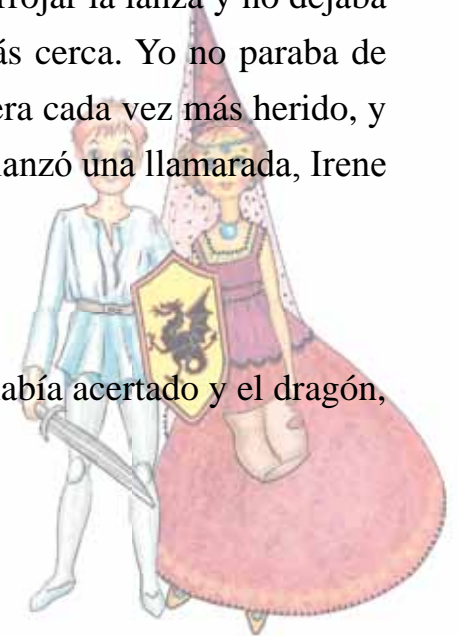
- Señor Rodrigo, ahora “Tú y Yo” somos la única esperanza –me dijo Chico–.
- Táctica dos: Usted hiere y yo remato.
- Vamos allá, Chico.
- Pero antes...

Se quitó la máscara y dejó ver su pelo largo, rojo y liso. Ese pelo. Mi hermana Irene, montada encima del caballo, me sonrió. Esa sonrisa... armada con sus lanzas esperó a que yo lanzara mis saetas e hiriera a Thorum para hacerlo caer y así poder acercarse a él.

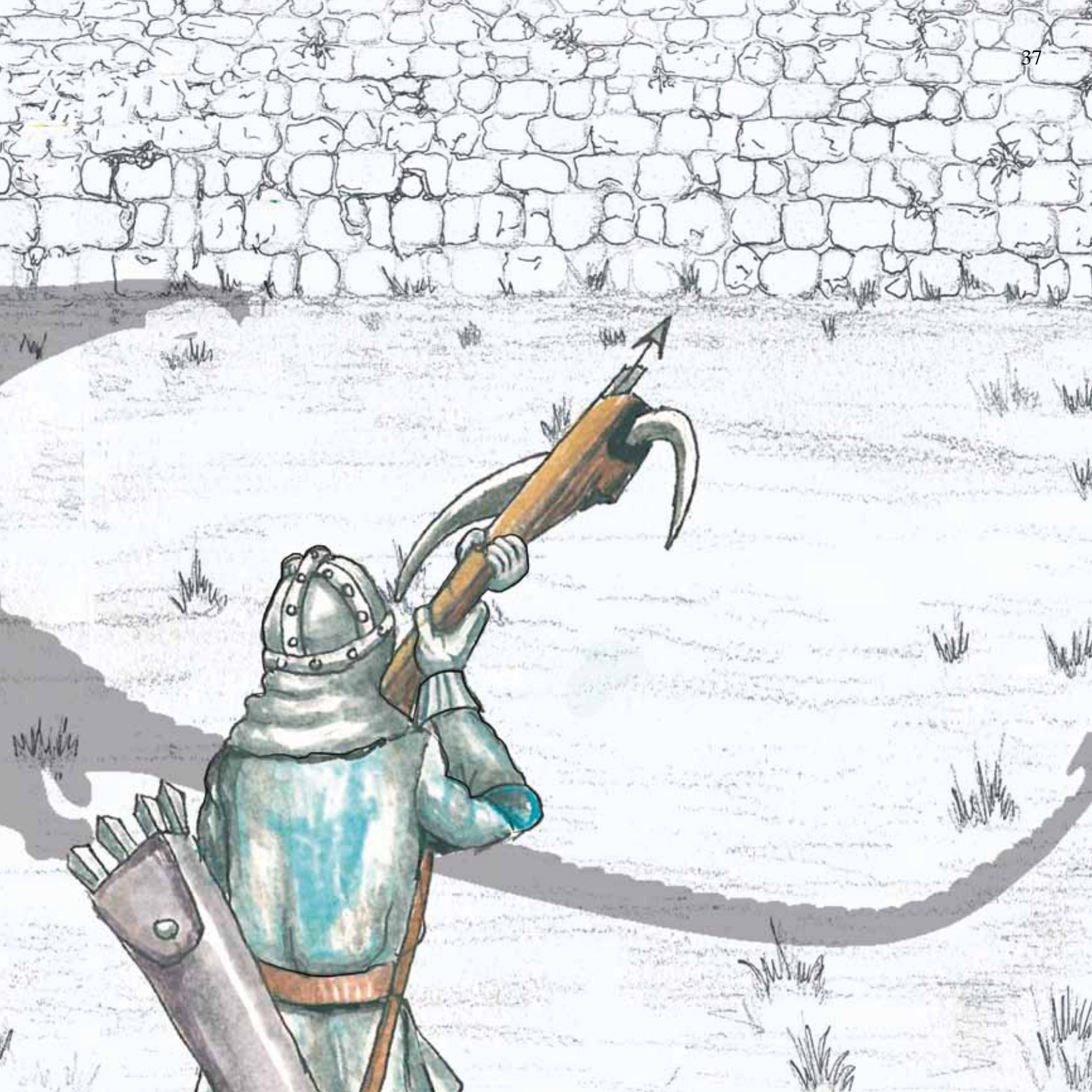
- ¡Vamos hermano! ¡Como en los entrenamientos!

Conseguí alcanzar varias veces al dragón en una ala, impidiéndole volar. Volví a disparar y le di en una de las patas. Volví a lanzar mientras mi hermana se preparaba para atacarle por donde no la viese llegar. Pillando carrerilla se dirigió a toda velocidad hacia el dragón. El tiempo pareció ir a cámara lenta: Irene poniéndose de pie en lo alto del caballo, cogiendo una de sus lanzas, preparándose para disparar. A toda velocidad. El dragón, se giró hacia ella todo lo rápido que le permitían sus patas heridas y esperó que estuviera más cerca para defenderse. Irene se dirigía hacia Thorum y el la esperaba con la boca abierta. Si no frenaba a tiempo, o no cambiaba de dirección, el dragón se la comería. Ella ya estaba preparada para arrojar la lanza y no dejaba de animar al caballo a que corriera más deprisa. Necesitaba estar más cerca. Yo no paraba de disparar más y más saetas con mi ballesta, hacía que el dragón estuviera cada vez más herido, y se movería más lentamente. Por fin, en el momento en el que Thorum lanzó una llamarada, Irene tiró su lanza y saltando del caballo, esquivó el fuego.

Un rugido enorme se escuchó y me heló la sangre. Mi hermana había acertado y el dragón, inmóvil en el suelo, dejó de respirar.





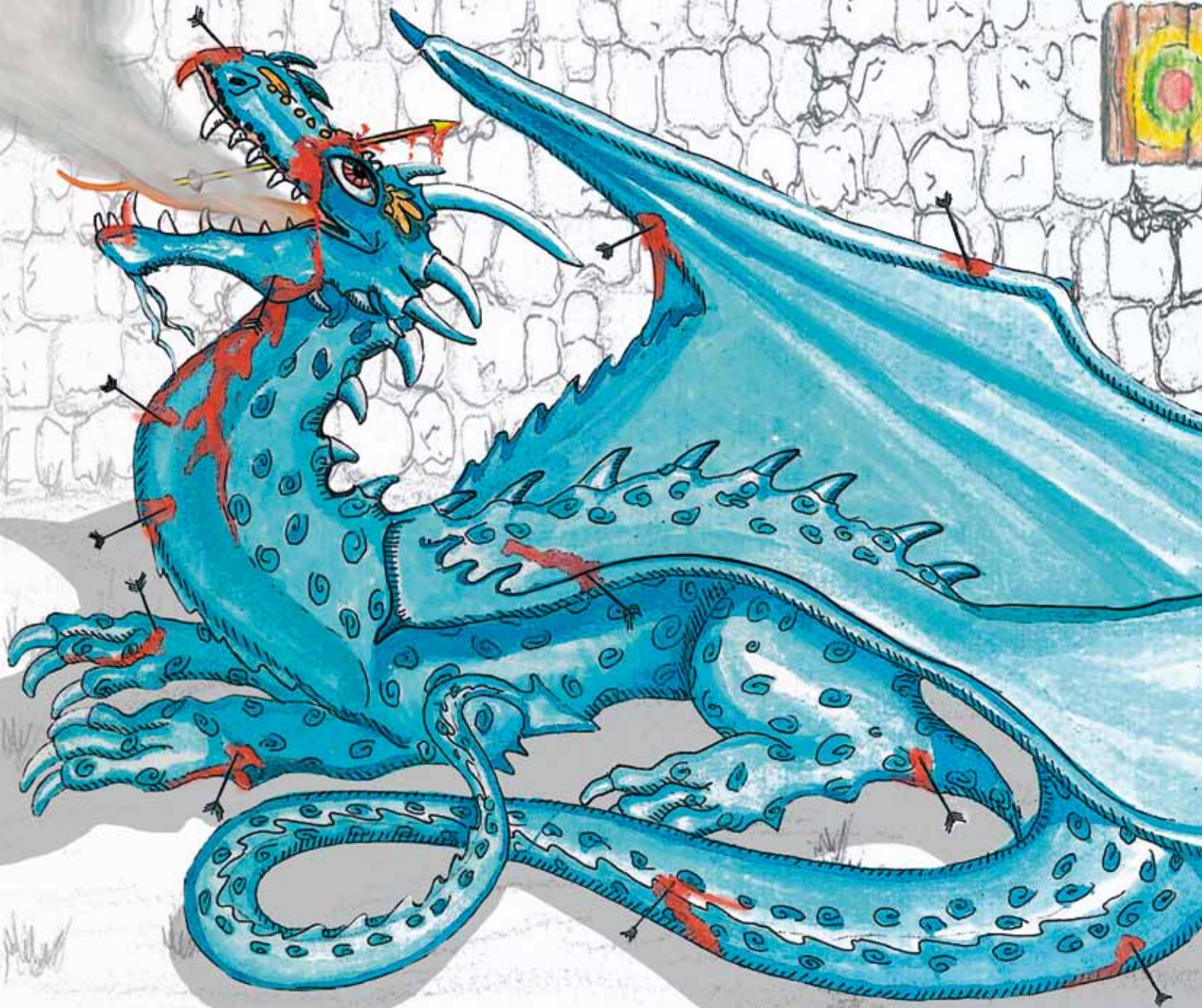


Mi padre, que lo vio todo desde su destrozado palco, corrió a abrazar a su hija:

- ¡Hija mía! ¿Dónde has estado? ¿Dónde has aprendido a luchar?
- Padre, con ayuda del herrero y su mujer, regresé a casa disfrazada de su hijo Chico.
- Pero...
- Padre, espero que lo entiendas, aquel día no querías darme oportunidad alguna y necesitaba demostrar que cualquier mujer, puede aprender a luchar; No somos ni mejores ni peores, simplemente podemos hacer lo que nos propongamos.
- ¡Hermana, has matado a Thorum! –le dije mientras la abrazaba–. Siempre supe que serías una gran guerrera.
- No, Rodrigo, lo hemos hecho entre los dos, y jamás podría haber hecho lo que he hecho sin ti.

*Irene, con ayuda de su hermano Rodrigo, tuvo que acabar con un dragón para demostrar que era igual de válida que un hombre para las armas.*

¿Y tú? ¿También tienes que matar a un dragón?





# AGRADECIMIENTOS

A las personas que han formado parte del jurado, por su colaboración desinteresada y su sensibilidad artística y en pos de la igualdad.

M<sup>a</sup> Angeles Rodríguez García. Representante del movimiento asociativo de mujeres de Alcalá la Real.

Manuel Jesús Aceituno García. Representante de la comunidad educativa de Alcalá la Real.

Francisco Martín Rosales. Representante del mundo literario de Alcalá la Real.

Angélica Jiménez Sánchez. Representante de los medios de comunicación locales.

Ana Palomino Miranda. Representante de las Asociaciones de madres y padres de Alcalá la Real.

M<sup>a</sup> Dolores Morales Ruíz. Ganadora del IV Certamen de “Cuentos por la Igualdad” 2013.

A todas las personas que han participado con sus obras en el quinto Certamen de Cuentos por la Igualdad que ha organizado éste Ayuntamiento.

[www.alcalalareal.es](http://www.alcalalareal.es)

